

Méjico, únicamente era admitida cuando la nacion amenazada era débil. El temor de ser vencidos y aniquilados les obligaba á que diesen acogida al ídolo enviado, señalándole un honroso sitio entre los dioses nacionales, y respondian á la embajada con expresivas palabras de sumision, despidiéndola con un buen regalo de oro, de piedras preciosas ó de hermosas plumas. Pero cuando la nacion se consideraba con suficiente fuerza para combatir, la proposicion era rechazada, y el dios extranjero era despedido, como inmerecedor de hallarse al lado de las deidades que adoraba la nacion.

Rechazadas las proposiciones presentadas por los embajadores, rotas todas las esperanzas de un avenimiento pacífico, y resuelto el reclamante monarca á dejar muy alta la bandera de su honra, avisaba á sus enemigos, por un acto de nobleza y de caballeridad, que se dispusiesen para la guerra que iba á llevarles á sus Estados, pues era considerada como accion indigna de hombres de corazon noble y de valor probado, el atacar de súbito al enemigo que se encontraba desprevenido. El caballero aviso á que hago referencia, se daba algunas veces enviando al rey amenazado, algunos escudos que revelaban desconfianza, acompañados de varios vestidos de algodón de poca valía.

Cuando el desafio tenia la circunstancia de ser de un monarca á otro monarca, el jefe principal de la embajada, con la dignidad que á su alto carácter correspondia, aumentaba á los actos comunes de la declaracion de guerra, la ceremonia de ungir al soberano retado, y tomando en sus manos vistosas y delicadas plumas de variados colo-

res, con profundo respeto se las pegaba en la cabeza, de la manera con que el valiente Moctezuma, siendo embajador del monarca Itzcoatl, llegó á ungir al tirano Maxtlaton, al admitir el reto de su poderoso adversario.

Publicada en ambos países la declaracion de la guerra, cada nacion ponía en movimiento todos los resortes que le condujesen al conocimiento de los actos y disposiciones referentes á su contrario. Los espías llamados *quimichin*, esto es *ratones*, porque como ellos penetraban en las partes mas secretas, registrándolo todo sin ser vistos, se esparcian, disfrazados, por los pueblos enemigos, y observando los movimientos, el número de fuerzas, la calidad de ellas, el espíritu que las animaba, y la calidad de los caudillos que las mandaban, lo ponian en conocimiento de sus respectivos gobiernos, á fin de que, conociendo los recursos de que podian disponer los contrarios, hiciesen todo lo posible para superarlos.

Antes de salir á campaña, y con el objeto de atraerse la proteccion de sus divinidades para que les concediesen el triunfo, se hacian algunos sacrificios de víctimas humanas al dios de la guerra y á los númenes protectores de la ciudad ó del Estado á donde se llevaba la guerra, y en seguida salía el ejército lleno de animacion y de esperanza en la victoria. No salian las columnas formando en alas ni en filas. Marchaban divididas en compañías, llevando cada una de ellas un jefe y un estandarte, y cada cuerpo iba mandado por un general. Si el número de tropas era considerable, se dividía en *xiquipillis*, esto es, en cuerpos de ocho mil hombres.

La música militar, sin la cual jamás marchaba el ejér-

cito, se componia, como tengo dicho en otra parte, de caracoles marinos que producian un sonido agudísimo, y de cornetas y tamboriles de una destemplanza suprema.

La primera batalla se daba generalmente en un vasto terreno destinado para aquel objeto, que cada provincia tenia, y que era conocido con el nombre de *Xoatlalli*, que significa *campo de batalla*. La accion empezaba, como entre los antiguos romanos, por un estruendo espantoso producido por los caracoles marinos, las destempladas cornetas, los tamboriles, los agudos alaridos, los silbidos y el continuo clamoreo de los combatientes. En algunos ejércitos, y entre ellos el texcocano, la señal de ataque la daba el mismo rey, sonando un tamboril que llevaba á la espalda.

Sangriento y terrible era siempre el primer choque; pero no se empeñaba nunca la accion, como algunos han creído, tomando parte á la vez todas las tropas. Todo lo contrario; tenian formada con gran cuidado su reserva, y de las relaciones consignadas por los españoles consta, de una manera incontrovertible, que enviaban tropas de refresco que emprendian la accion con un vigor prodigioso, que no pocas veces decidia la victoria. La batalla empezaba comunmente con un diluvio de flechas, de dardos, de piedras y saetas que causaba horrorosos estragos en las filas; pero cuando las distancias se estrechaban acercándose un ejército al otro, y las armas arrojadas habian concluido, se acometian con la espada, la maza y las picas. En medio del sangriento combate, y despreciando el peligro, se veia á un número de hombres ocupados en retirar los heridos y los muertos, con el fin de ocultar al enemigo las pérdi-

das que se sufrian, y evitar que adquiriese mayores bríos. Esta operacion y la de guardar la union en las huestes y defender el estandarte, eran las cosas en que mas cuidadoso empeño ponian aquellas naciones.

Al prisionero que trataba de huir, le desjarretaban. El renombre de valiente y los timbres de gloria militar del soldado, mas que por el número de enemigos que mataba, lo adquiria por el de prisioneros que hacia para que pudiesen ser sacrificados al númen de la guerra, en gratitud á la victoria alcanzada sobre los contrarios. Por eso cuando algun enemigo vencido procuraba escaparse, lo desjarretaban, privándole así del movimiento de las piernas, y en consecuencia, de la posibilidad de huir.

La defensa del estandarte nacional, insignia veneranda en la milicia, era el deber sagrado del ejército. Cuando ese símbolo de las grandezas nacionales, que lo llevaba el general en jefe, llegaba á caer en poder del enemigo, el ejército emprendia la fuga, y todo esfuerzo de sus jefes era inútil para detener á los soldados.

Conseguido el triunfo, se celebraba la victoria con las demostraciones del mas vehemente júbilo, y el general, contento del esfuerzo de sus valientes subordinados, premiaba debidamente á los oficiales y soldados que habian hecho mayor número de prisioneros.

El rey mejicano Axayacatl, antes de emprender la guerra contra el monarca de los matlatzincas de quien estaba ofendido, como he dicho, por haberse dispuesto á favorecer á los tlatelolcos, envió sucesivamente las tres embajadas que era costumbre enviar; una al rey, otra á la nobleza y la última á la plebe, exigiendo una cumplida

satisfaccion á la ofensa; pero no habiéndola alcanzado, Axayacatl, en union de los reyes aliados de Acolhuacan y de Tacuba, salió con un poderoso ejército contra el arrogante monarca de los matlatzincas.

Valle de Toluca, La empresa era altamente difícil.

pertene-  
ciente  
á los  
matlatzincas La provincia de los matlatzincas comprendia, además del ameno valle de Toloacan, hoy Toluca, que mide mas de cuarenta millas de longitud de Sur á Noroeste, y treinta de latitud por donde mas se extiende, todo el pintoresco espacio de fértil tierra que se descubre hasta *Taximaroa*, entonces *Tlaximaloyan*, frontero al potente reino de Michoacan. Toloacan, que era la residencia del jefe principal de los matlatzincas, y que habia tomado su nombre del risueño valle que se extendia á sus plantas, se hallaba situado, como se encuentra actualmente, al pié de un elevado monte, coronado de perpetuas nieves, distante diez y seis leguas de la capital de Méjico. Multitud de pueblecillos que se extendian por el mismo valle, se veian habitados, parte de ellos por los matlatzincas, y la otra parte por los bravos otomites. El rey, formando un ejército aguerrido, se dispuso al combate. Pero por mucho que fuera el valor y la decision de los matlatzincas, era imposible que pudieran resistir el ímpetu de las numerosas tropas que conducian Axayacatl y sus leales reyes aliados. El ejército mejicano, vencido cuanto se oponia á su paso, tomó, en su marcha, los pueblos de Atlalpolco y Xalatlahco; y penetrando en el valle de Toluca, conquistó á Tetenanco, Metepec, Tzinacantepec, Calimayan y otros varios lugares de la parte meridional.

Convencidos los matlatzincas de que era de todo punto imposible resistir á sus contrarios, y temerosos de su completa ruina, imploraron la clemencia del rey Axayacatl, y se ofrecieron á ser desde entonces tributarios de la corona de Méjico.

Alcanzado el triunfo, y dejando una guarnicion respetable en la nueva nacion tributaria, Axayacatl se volvió á Méjico, donde fué recibido con marcadas demostraciones de regocijo.

No pasó mucho tiempo sin que en su espíritu guerrero no se despertasen deseos de nuevas conquistas, y sin que al pensamiento concebido de hacerlas, no sucediese inmediatamente la ejecucion.

Axayacatl buscó un pretexto para declarar la guerra á los señores que ocupaban otro rumbo de la misma provincia que acababa de sentir la fuerza de sus armas; señores que gobernaban los pueblos situados en la parte septentrional del valle, que actualmente se llama *valle de Ixtlahuaca*.

Entre las poblaciones que se propuso conquistar, se hallaba Xiquipilco, ciudad y poderoso estado de los otomites, gobernados en aquellos momentos por Tlilcuezpalin, hombre de un valor extraordinario, que habia llegado á hacerse notable por su arrojo en los combates y por su estrategia militar.

A la aproximacion de las tropas mejicanas, Tlilcuezpalin dispuso las suyas, y esperó á los contrarios, que pronto se dejaron ver enfrente de sus soldados. Dada la señal de acometida, los dos ejércitos se lanzaron con indecible furia, dando espantosos alaridos y sonando los

músicos sus caracoles marinos, sus trompetas y sus tambores. Tlilcuezpalin, desafiando el peligro y metiéndose donde la lucha era mas sangrienta, buscaba al rey de Méjico, deseando medir con él, personalmente, sus armas. Axayacatl, que no estaba dotado de menos valor que su real contrario, animado del mismo deseo, le salió al encuentro, trabándose bien pronto entre los dos un combate personal terrible. Los dos monarcas eran diestros en el manejo de las armas, y los dos se hallaban dotados de grande aptitud y fuerza. Los golpes que se dirigian eran mortales, pero los paraban con destreza maravillosa. Sin embargo, no era posible detener todos los golpes, y el rey de Méjico recibió una profunda herida en un muslo, sin haber tenido tiempo de parar el arma de su pujante adversario. En los mismos momentos en que recibió la herida, se lanzaron sobre él dos capitanes otomites que sobrevinieron, y arrojándole al suelo se disponian á llevarle cautivo, cuando aparecieron sobre la escena algunos jóvenes mejicanos que, haciendo retroceder á los dos capitanes, lograron salvar la libertad y la vida de su rey. Aunque herido el monarca mejicano, la lucha siguió con igual encarnizamiento, y al fin, la victoria la alcanzó el ejército mejicano. El triunfo fué espléndido. Once mil sesenta fueron los prisioneros hechos en aquella sangrienta batalla, entre ellos el mismo Tlilcuezpalin y los dos capitanes que habian derribado al suelo al rey Axayacatl.

Triunfos de los mejicanos, y nuevos Estados conquistados. Con el brillante triunfo alcanzado sobre los otomites, Axayacatl agregó á la corona de Méjico los Estados de Xocotitlan, Niqui-

Combate personal del rey Axayacatl y el jefe de los otomites.

pilco, Atlacomolco y todos los demás que antes no poseia en aquel valle.

La recepcion hecha al rey Axayacatl, al volver á Méjico, fué brillante.

La herida recibida en el combate personal con el jefe otomite, le enaltecia á los ojos de la nacion, y todo el pueblo rogaba á los dioses que sanase de ella.

Dotado de una naturaleza robusta, pronto sanó Axayacatl de su herida; pero quedó para siempre cojo.

Contento de las victorias alcanzadas y deseando obsequiar á los reyes aliados y á los magnates de Méjico por el brillante comportamiento con que se habian distinguido en la campaña, les dió un gran banquete al que asistieron con el mayor placer. En los momentos mas deliciosos de la mesa, y como espectáculo que debia parecer agrada-

Axayacatl manda matar á Tlilcuezpalin y á dos capitanes otomites. dable á los convidados, Axayacatl mandó dar muerte á su ilustre prisionero Tlilcuezpalin y á los dos capitanes otomites ya mencionados. No eran esas escenas de sangre vistas con repugnancia en medio de las delicias de un convite, puesto que era costumbre de aquellos pueblos el derramar sangre humana en todos sus regocijos públicos y ceremonias religiosas. Horrible y funesta era esa costumbre, y debemos lamentarnos de que hubiese existido; pero no podemos culpar á los que la practicaban, puesto que ellos la habian heredado de sus mayores, y lejos de juzgarla, como realmente era, horrible, la tenian por digna y meritoria. Era una aberracion del entendimiento humano; pero era una aberracion presentada como idea altamente luminosa por sus mismos sacerdotes al

adorar á sus ídolos sedientos siempre de sangre. Aquellos hombres eran mas dignos de lástima que de vituperio, toda vez que no obraban por impulso propio, sino por el que juzgaban deber patriótico y religioso.

Despues de haber transcurrido algunos años de tranquilidad respecto de hechos de armas, Axayacatl, por motivos que se desconocen, se dispuso á llevar la guerra contra los michoacanos, gente belicosa, entendida y de claro ingenio, cuya nacion rivalizaba en poder con la mejicana.

Desde muy lejanos tiempos existia entre las dos naciones un odio profundo, y era preciso que de la enemistad que se profesaban, surgiese, al fin, la guerra.

Axayacatl, comprendiendo las dificultades de la empresa y el notable valor de los michoacanos, dispuso un numeroso ejército mandado por lo mas selecto de la nobleza y de los mas intrépidos generales.

Dispuestas las tropas y provistas de todo lo necesario para la campaña, Axayacatl, puesto al frente de sus aguerridas legiones, salió con direccion al país que se habia propuesto hacer tributario de la corona de Méjico.

Pero mientras el formidable ejército de los tres reyes aliados marchaba lleno de entusiasmo hácia el país de sus contrarios, conveniente es, para los hombres amantes del saber, detenernos un instante á dar á conocer, siquiera sea someramente, las producciones de su suelo, las costumbres, usos, religion, carácter, adelantos y cultura á que habian llegado los habitantes del rico reino de Michoacan, uno de los mas occidentales de aquella parte de la América.

## CAPÍTULO XVII

Descripcion del reino de Michoacan.—Tribus que lo poblaban.—Separacion de los mejicanos y tarascos á su paso por Michoacan.—Fusion de los tarascos con otras tribus que habitaban el país.—Se adopta el culto de Huitzilopochtli.—Llegada de los chichimecas vanáneos.—Guerra entre ellos y las tribus que poblaban Michoacan.—Fundacion de Pátzcuaro por los chichimecas vanáneos.—Guerra entre uno de los reyes que habitaba junto á la laguna y los chichimecas.—Derrota de éstos.—Asesinato cometido en los dos príncipes que gobernaban á los chichimecas.—Tariacurí, hijo de uno de los príncipes asesinados, toma venganza de la muerte de su padre, conquistando los pueblos que fueron sus contrarios.—Divide el imperio de Michoacan en tres reinos.—Las provincias tarascas quedan reducidas al dominio de los chichimecas.—Fusion de los chichimecas y tarascos.—Se declara corte del reino, Tzintzuntzan.—Templos y casas que se fabrican: fortificaciones de la ciudad.—Estado de la industria en Michoacan.—Traje que usaban.—Cualidades físicas de los tarascos.—Modo de ir á campaña.—Premio que se daba por un hecho heroico en la batalla.—Limites de Michoacan.—Descripcion del suelo de Michoacan, su clima y producciones.—Ministros de justicia.—Algunas leyes y administracion de justicia.—Religion.—Victimas humanas.—Ceremonias en los funerales, y condicion de las personas que eran sacrificadas en ellas.—Guerra entre michoacanos y mejicanos.—Derrota de éstos.—Muerte del rey Axayacatl.—Los tesoros que dejó guardados.

El reino de Michoacan, que significa *lugar de pescado*, (1) estaba poblado de gente belicosa, y competia en poder y en riqueza con la temible nacion mejicana. Los michoacanos ó tarascos, llamados así por los españoles, porque

(1) Michoacan es un nombre compuesto de *michin*, que significa *pescado*, y